

dios que estaban á su alcance para lograr que los representantes se penetrasen de las necesidades existentes, así que, interviniendo en la convocacion con ideas formalizadas, pudiesen realizar las mejoras y reformas, que anhelaba el mayor número [1]. Si un ministro enérgico hubiese sabido ejercer bastante influencia sobre el ánimo del monarca, comunicándole su propio vigor; si hubiese sabido granjearse la voluntad de la reina, sacar ventaja de las circunstancias que le rodeaban, sujetar la resistencia que oponían las clases privilegiadas, satisfacer, por último, las exigencias de la nacion, dándole un amplio estatuto, y haciéndola intervenir en las cosas gubernativas del país, después de haber dado formas constitutivas al Estado, la Francia tal vez habría podido afirmarse y detenerse al borde del abismo. Pero lo que va dicho no podía lograrse sin tener conocimientos sólidos, entereza, y una voluntad fuerte; sin tener bastante osadía para oponerla propia resistencia á la corte, al cuerpo aristocrático y á los literatos, arrojándolo todo sin ninguna especie de temor; en fin, para tamaña empresa se requería un conjunto de cosas, que no estaban al alcance de Necker, medianísimo filósofo, que inspiraba recelos á la corte, y que principalmente debía todos sus aplausos á las apariencias populares, que parecían extraordinarias en un agente del poder gubernativo, mas que á concesiones otorgadas.

El monarca convocó nuevamente por insinuacion suya la asamblea de los notables [6 de Noviembre de 1788]; pero en esta circunstancia no se consiguió mas que oír resonar en aquella gran reunion pláticas insustanciales, porque reinaba la desconfianza entre sus miembros. En efecto, se quería á toda costa lograr la conservacion de las ins-

(1) Lo que dice César Cantú en este pasaje es muy cierto, y nos da á conocer que ha profundizado las causas que promovieron en Francia la gran revolucion. Los Estados generales, que abrieron las puertas de par en par á la revolucion, bien dirigidos, hubieran podido salvar á Francia. En efecto, la parte mas ilustrada de la nacion descubria en aquellos la sola áncora de salvacion para su patria: he aquí lo que nos ha dejado consignado sobre el particular un escritor muy distinguido de aquella época, Mr. Toulotte. "Los hombres superficiales no descubrian mas en los Estados generales que efectos sin remontarse á las causas, así es que algunos se extrañaron mucho al ver tantas metamorfosis instantáneas y sucesivas."

A pesar de que la convocacion de los Estados mencionados se habia verificado en otra época, Necker no debía haber perdido de vista que era imprescindible, atendidas las circunstancias en que se encontraba Francia, preparar de antemano á los representantes para que no se verificase el gran choque que se habia ya previsto entre las clases privilegiadas y el tercer estado.

[Nota del traductor.]

tituciones antiguas, que tenían referencia á los nobles; pero las ideas innovadoras triunfaron, y se obtuvo tambien, que los diputados del tercer estado igualasen en número á los de los otros dos considerados juntos; sin embargo, se añadió que la votacion se verificaría por clases. Estas decisiones tan contrariadas ponían de manifiesto una transaccion, cuya consecuencia inevitable debía ser la completa victoria del tercer estado.

Entonces Francia ofreció á la vista un espectáculo enteramente nuevo en aquella universal agitacion, despertada por el vivo interés que inspiraba á cada cual la eleccion de los diputados, que debían dar nuevo semblante á la nacion. A pesar de que agolpadas nubes oscurecían el horizonte, cierta esperanza lisonjera mecia todos los ánimos, que se habian entregado con serenidad de conciencia y sin receo ninguno al deseo de ver mejorada su condicion. A nadie se ocultaban los vicios de lo pasado, pero vivían todos en la conviccion de que era fácil corregirlos. El clero, aunque se manifestaba pesaroso por la mucha incredulidad que habia contagiado todas las clases del Estado, no dejaba de convenir en que eran fundadas algunas acusaciones de los filosofistas; y por lo tanto proclamaba los principios de la tolerancia religiosa, y se mostraba dispuesto á sobrellevar las cargas públicas como todos los demas. Los aristócratas observaban igual conducta, alimentando la esperanza de que hallarian una compensacion á la pérdida de los antiguos privilegios en la nueva adquisicion del poder político que recaeria en sus manos, como habia sucedido con respecto á la nobleza de la Gran Bretaña. Y finalmente, la clase media, aunque erguía mas atrevida la frente, porque tenía en su abono la opinion pública, no pretendía mas que la igualdad ante la ley (1).

(1) Vamos á hacer en esta nota algunas indicaciones acerca de un punto que los políticos no han profundizado. En todas las revoluciones, el pueblo, que empieza siempre por servir de ciego instrumento á la ambicion de unos pocos, y que pierde lastimosamente su vida con las armas en la mano ó en el cadalso, el pueblo es el solo, que antes de tomar incremento la embriaguez revolucionaria y la anarquía, limita mas que nadie sus exigencias políticas, no pidiendo sino lo necesario para su felicidad. Cuando en Francia estalló la revolucion de 1789, como nos pone de manifiesto César Cantú, la corte, los aristócratas y el clero, se esforzaron sobremanera para no perder sus privilegios; y si finalmente se mostraron propensos á ceder una parte de ellos, lo hicieron porque no tenían otro remedio para evitar males mayores. El pueblo, por el contrario, á pesar de que tenía en su favor la opinion pública, no pidió mas que la igualdad ante la ley, esto es, lo que la Divinidad, el derecho natural y la sociedad entera conceden al hombre.

Pero estas pocas reflexiones nos atraen á la memoria otras de mucho mas interés, que no

Nadie osó negar que el absolutismo adolecía de graves defectos, cuando á consecuencia de una discusion, que se habia suscitado acerca del modo que se debía observar en conferir los grados militares, dijo el conde de Artois: "Pertenece al monarca la prerogativa de conferir las gracias;" el ministro Saint-Priest contestó: "Los destinos no están comprendidos en el número de las gracias." Malsherbes habia dicho tambien: "Queremos tener un rey legislador;" Dupont de Nemours no habia titubeado en decir al monarca: "Señor, la causa del mal se origina en que nuestra nacion no disfruta de una constitucion." ¡Y sin embargo, este rey no era acreedor á ser llamado el hombre mejor de Francia! ¡No era su principal anhelo reformar el Estado y hacer dichosos á sus súbditos!

No se dudaba, pues, de una nueva constitucion que iba á establecerse, y en esta ocasion todos tenían á la vista las doctrinas pregonadas por los filósofos. Quién se atenia á los límites y al equilibrio de los poderes, que habia adoptado Montesquieu, proclamándolos como los mas oportunos; quién pretendía establecer la igualdad primitiva, como la

queremos omitir. El señor Destutt-Tracy, uno de los mejores comentadores de Montesquieu, dice en una de sus obras estas palabras muy significativas: "El gobierno es el educador del hombre adulto, como el pedagogo lo es de los niños." Esta gran sentencia, tan laconica cuanto profunda, tiene en su abono la historia de todos los siglos. En efecto, si se quieren indagar las causas primitivas, que empezaron á socavar la mina que estalló en el año de 1789, se encontrarán en los primeros años del reinado de Luis XIV, porque entonces la monarquía francesa comenzó paulatinamente á adulterarse. Aquel monarca, lejos de atenerse á las constituciones del Estado, quiso reunir todos los poderes en sus manos, y la educacion política de los franceses se convirtió en una obediencia pasiva sujeta á las voluntades y caprichos del monarca. Luis XV siguió las huellas de su abuelo, y dió cabida en la corte á toda especie de disolucion, con grave escándalo de su pueblo. Ahora bien, la felicidad del hombre y del entero cuerpo social, tiene estrecha conexcion con la moral y las doctrinas religiosas que forman su sola base, por la sencilla razon de que se derivan de la misma naturaleza de los seres inteligentes, como las leyes físicas de los seres materiales. Tanto las primeras como las segundas están determinadas por la naturaleza de los seres que representan, y el hombre, que es un compuesto de inteligencia y materia, no conoce mas que estas dos especies de leyes relativas á su doble naturaleza: pues si él renuncia de hecho á los principios de la moral y de la religion, se encuentra en el duro trance de atenerse únicamente á las leyes físicas y á declararse materialista, aun cuando quisiera darse por religioso con celo fanático. He aquí lo que sucedió en Francia. Llegadas las cosas á este extremo, la educacion política, ó para servirnos nuevamente de las palabras de Des-

habia proclamado Rousseau en sus ensueños; algunos pretendían con Mably renovar la política de Esparta, y otros con Lafayette encontraban el tipo de la perfeccion, únicamente en las constituciones que se profesaban en los Estados Unidos de América. Pero la igualdad de todos ante la ley, la abolicion de los privilegios, el descargar al pueblo de la mayor parte de las contribuciones, venir al terreno de la práctica con respecto á las vagas ideas de justicia y dicha comun, que fermentaban en la mente de todos, era el solo objeto, el solo voto que indistintamente se anhelaba. Sobre el particular se habian sentado un corto número de axiomas, que tenían mas fuerza entonces que la sabiduría de los siglos, y los cuales se repetían de boca en boca con aquel tono dogmático, que sirve de velo á los conocimientos poco sustanciales. Røederer, en su escrito sobre la *Diputacion á los Estados generales*, decía: "Hace cuarenta años, que cien mil franceses se entretienen meditando sobre las doctrinas de Locke, de Rousseau y de Montesquieu; sin cesar acogen y profesan sus grandes lecciones sobre los derechos y deberes de los hombres de gobierno: pero he aquí cómo he-

tutt-Tracy, la educacion del hombre adulto, quedó completamente destruida, y estalló la gran revolucion, la cual tomó desde luego formas enteramente paganas, modelándose sobre los antiguos griegos, y adorando como aquellos á las criaturas en vez del Hacedor Supremo. Pero la fuerza religiosa, que tiene inmediata relacion con nuestra inteligencia, abatió finalmente al gran coloso de la impiedad, y se verificó, una reaccion entre los mismos republicanos que habian proclamado el ateísmo. De todo lo dicho, se colige, que el modo de evitar las revoluciones, es la buena educacion gubernativa, la cual consiste en sujetar al hombre bajo el imperio de leyes fundadas en la religion y en la moral, que son muy adversas al despotismo y á la opresion. Siempre que un gobierno observa esta conducta, tiene su verdadera áncora de salvacion, cualquiera que sea su forma monárquica, aristocrática ó republicana: los hombres sensatos han llegado finalmente á conocer que la palabra república no influye en la felicidad de esos mismos pueblos cuando no se apoya en buenas y sábias leyes, como la monarquía está muy lejos de degenerar en despotismo cuando se funda en las leyes, que dimanen de la naturaleza, de la religion y de la moral, mas bien que del capricho de un solo hombre. El Sr. de Lamennais, á pesar de sus ideas de exaltado liberalismo, al hablar de la educacion pública no puede menos de exclamar: "Nadie ignora lo que fué esta educacion bajo la Convencion, el Directorio y el imperio. El nuevo pueblo que ella debía formar nació con la sangre al lado del patibulo de Luis XVI y de los altares de la diosa Razon. La anarquía se habia lisonjeado de crear hombres libres, después de haber destruido el cristianismo, pero vino un déspota y no encontró mas que esclavos."

[Nota del traductor.]

mos llegado ya al momento de venir al terreno de la practica."

Ahora bien, ¿quién podía suponer, ó tener miedo de que en esta ocasion se verificase un conflicto? El monarca era de buena pasta y muy condescendiente; los ministros no tendrían mas recursos que el de conformarse con la opinion pública; el parlamento convocaba voluntariamente los Estados; y si los aristócratas y los eclesiásticos ancianos ambicionaban todavía honores, títulos y privilegios; la juventud, que hacia alarde de la condecoracion de Cincinato, los escarneaba. Además, es de considerar, que los grandes choques suelen originarse de convicciones profundas; lo que no podía ser en aquella época objeto de atencion porque casi todos se entregaban á una tolerancia enteramente escéptica. En otras ocasiones se verificaron por cierto escenas sangrientas, ¿pero quién tuvo la culpa de eso? Podemos decir que fueron el producto tan solo, de las malas definiciones; pero á la sazón ¿qué pasiones agitadoras podían oponer resistencia á la lógica de Condillac? Nadie puede negar que los escritores hacia ya algun tiempo habian declarado la guerra á la autoridad; pero los grandes sacudimientos traen su origen de las clases mas inferiores, y en éstas no habia reparado ningun filósofo. Por lo demas, éstas no se entregaban á ninguna especie de lectura ni fijaban su atencion en las teorías proclamadas, y finalmente no querían una revolucion con caracteres de violencia, y aspiraban mas bien á un cambio pacífico. Si algunos autores escedían en declamaciones, tenían por objeto ejercitarse en magníficas y ampulosas frases y hacer gala de estilo, quedándose muy contentos si se les regalaba con un ¡bravo! ó podían lograr los honores de la persecucion.

Con este motivo no se titubeaba en creer que las meditadas doctrinas de los filósofos, y los deseos de los filántropos darian por resultado una revolucion de las mas pacíficas y satisfactorias, y por las teorías ya propagadas en las clases elevadas llegarían hasta las mas humildes; que se redactaría un catecismo compendiado, pero muy popular y lleno de moralidad; que sobre los escombros del desmoronado castillo gótico, se echarían los cimientos de un elegante edificio modelado al estilo griego, y se basaría sólidamente una religion sin prácticas supersticiosas, y un bienestar, que tendría su punto de apoyo en el conocimiento universal de todos los derechos, que corresponden al hombre.

Es cierto, por lo tanto, que el partido popular habia conseguido preponderancia en las elecciones, bien porque los nobles bretones no quisieron enviar sus diputados en razon de que no se habian respetado sus privilegios, y se habia establecido el dúplice número de representantes del tercer estado; ó bien porque los señores feudales rindieron un homenaje, desprendido de todo interes, á las buenas dotes y á las luces de que iban

adornados muchos varones pertenecientes á la clase del pueblo. En estas circunstancias los párrocos salieron mas aventajados en las elecciones que los obispos y los que disfrutaban de pingües beneficios. En Provenza se presentó candidato al conde de Mirabeau; pero el cuerpo aristocrático le rechazó de su seno por sus deshonrosas y estragadas costumbres, mientras que el tercer estado no dejó de aclamarle y declararle su único ídolo, conociendo que este varon era lo que de mas prodigioso podía encontrarse para tener en agitacion continua á la multitud, no dejándola, sin embargo, desenfrenar, y que podía lograr con su sola autoridad lo que no era dable conseguir á los magistrados.

Elecciones tan desinteresadas y tanta plenitud de poderes que se otorgaba á los elegidos, ¿no daban lugar á largas y fundadas esperanzas? además se publicaban un sin número de opúsculos con objeto de poner en claro varias cuestiones; y no dudando nadie del buen resultado, que daría el conjunto de tantas circunstancias, todos se mostraban cada dia mas osados y menos comedidos.

Pero á los que estaban avezados á profundizar las cosas, no se les escapaba, que los males tenían raíces muy hondas, y que los remedios no se podían fácilmente encontrar, atendida la division de los pareceres entre la autoridad real, las máximas parlamentarias y la opinion pública cada vez mas notable; y finalmente, no se les escapaba que era tarea muy escabrosa cambiar todos los hábitos de un pueblo.

Por lo demas, era indudable que las discusiones, alargando su término, traerían como consecuencia necesaria el público desasosiego, y que estancarian el poder, de suerte que el pueblo tomaría parte en las resoluciones, y se adelantaría para deshacer el nudo, declarándose dueño y dominador de todos los acontecimientos. Así es que, estaba en el interes del monarca anticiparse al movimiento, y Malouet, diputado de Auvernia, habló de esta manera á Necker: "No esperéis á que los Estados generales pidan ó manden: apresuraos á ofrecer cuanto pueden razonablemente desear los buenos: no defendáis lo que la esperiencia y la razon pública han demostrado ser abusivo ó que el tiempo ha corroido: no espongaís al peligro de una deliberacion tumultuosa las bases y los elementos de la autoridad real; dad ancho campo á las necesidades y votos públicos, y disponeos á repeler hasta con la fuerza lo que podrían exigir sistemas violentos y extravagantes, despeñando al país en la anarquía. Pero si el monarca no manifiesta una voluntad firme, si los cuerpos clerical y aristocrático se arman de resistencia contra las reformas, todo correrá á su perdicion."

En el palacio se hablaba de otra manera muy distinta. Decíase que se podían dirigir los Estados generales con un hilo mas sutil que el de Ariadna. Cuando en sus reuniones no obrasen de concierto, ¿no sería muy

facil sembrar la discordia entre los tres órdenes, que se miraban de soslayo! Entonces el monarca podría decirles á las claras: ó *poneros de acuerdo; ó marchaos*, y patentizando de esta manera lo inútil de esta reunion, la disolvería y volvería otra vez al ejercicio de su poder absoluto como antes, pero sin abandonar por esto su afán y su actividad con respecto á las reformas y mejoras, que los adelantos del siglo requerían, difundiendo en una nacion que desde tiempos muy remotos profesaba como su principal virtud el amor á sus monarcas.

¡Tan profundo era el letargo en que yacia la corte en la víspera de tan lastimero despertar!

Los Estados generales se abrieron bajo estos auspicios, y no tuvieron otra tarea que desempeñar sino la de decretar la revolucion, cuya época habia llegado ya irremediablemente.

ASAMBLEA NACIONAL.

El dia 5 de Mayo de 1789 se inauguraba en Versalles una asamblea, que debia postrar hasta el suelo el régio dosel y el altar con la misa del Espíritu Santo, las pompas austeras de la religion y los festejos de la monarquía. Paris, á saber, toda Francia, presenciaba con solícita curiosidad el desfile de aquellos diputados, cuya eleccion tenia por objeto poner á descubierto y corregir los abusos segun los mandatos que habian recibido de cuatro millones de ciudadanos congregados en los diversos puntos del reino, en quinientos colegios electorales: ¿cuán halagüeña esperanza no debia infundir aquella prodigiosa conformidad de miras en dar iguales poderes á los diputados, y el prevalimiento del pueblo en las elecciones? Por cuya razon no se contaban entre los trescientos diputados del clero mas que cuarenta y nueve obispos: nobles solo habia doscientos ochenta y cinco, habiendo rehusado intervenir los de Bretaña; de los seiscientos del estado medio habia ciento cincuenta y tres magistrados inferiores; ciento doce abogados, apenas setenta y seis propietarios y pocos literatos. Y ya casi hermanado el rey con el pueblo y las tres órdenes, el obispo de Nancy decía en su sermón: "Señor, recibid los homenajes del clero, los respetuosos sentimientos de la nobleza, y las humildes súplicas del tercer orden."

Entre la turba se atraían las miradas algunos ya precedidos por su buena ó triste nombradía. Felipe de Orleans, cabeza de la línea émula de la reinante, representaba los usos y libertades inglesas, que entonces tenían grandes atractivos; pero su inconstante ambicion no era lo suficiente para trasformarle en jefe popular. Lafayette, gentil y sencillo en sus maneras, con dignidad, pero sin orgullo; familiar, pero sin bajeza; marqués, habia combatido por la libertad americana; cortesano, se oponía á la corte, y vuelto de la guerra de América, mezclábase con

republicana franqueza á la multitud, que le adoraba. Sin gran genio ni pasiones violentas, dotado de entereza de ánimo y desinteresado, apacible entre el furor de opuestos partidos, amigo del imperio de la ley, incapaz de dirigir los acontecimientos, era muy propio para secundarlos, juntando á la penetracion de escéptico, el fervor de creyente.

— Sèyès, ya de gran fama por su libro sobre el tercer estado, y el mas sabio de aquella asamblea, era muy adicto á las formas materiales de la constitucion inglesa: su amor á la libertad y á la justicia no salía de la esfera de las doctrinas abstractas; poseía el arte de dar la debida fórmula á las cuestiones, y como decía Talleyrand, pensaba ya cuando los demas divagaban aún en vanas ideas.

Mas que ninguno se atraía las comunes miradas Mirabeau, de cuya desmoralizada juventud ya hemos hecho mencion. Cuando escribió la denuncia del agiotaje contra Necker, el virtuoso Bulhier le dijo (1789): "¡Vos habláis de la patria, conde de Mirabeau! si no os cubriese el rostro un velo triple de hierro, ¿cómo no os sonrojáis al pronunciar este nombre! Una casa ligada con vínculos sociales al cuerpo político, parientes, amigos, fautores, bienes que deben utilizarse para ellos y para la patria; cumplir con los deberes de hijo, de hermano, de esposo, de padre; seguir una inclinacion honrada, esto constituye al ciudadano. Pero vos, conde de Mirabeau, ¿tenéis ni uno siquiera de estos caracteres! Vos, sin asilo, sin deudos; por ordinaria vivienda teneis las cárceles, en donde encerrado, ya por la prudencia paterna, ya por los delirios á que os llevaron vuestros criminales extravíos, destilásteis el veneno de vuestro corazon, corrosteis con vuestros dientes las barras de vuestras prisiones para ejercitaros en destrozár con mas fiereza cuanto hay de venerable y sagrado."

Agobiado bajo el peso de reputacion tan espantosa, y el de sus propios rencores, sintió Mirabeau la necesidad de reconquistar el honor ostentando nobles sentimientos. El despotismo doméstico y político, si exasperó á los demas, escitó en él un furor real y verdadero, de donde resultó el mas extraño conjunto de grandezas y debilidades. La prision habia dado alas á su ingenio mediante el estudio, direccion á sus pasiones y entusiasmo á su carácter. El feliz resultado que habia conseguido por medio de su elocuencia cuando entabló el pleito con su esposa, le inspiró bastante confianza para abrirse la senda entre aquel orden de cosas, el cual, aunque débil, no dejaba de manifestarse muy tenaz; y mientras que se preparaba silenciosamente para el caso, decía: "Dejadme en la oscuridad hasta que reemplace al caos presente un nuevo orden de cosas que tenga mas regularidad; hasta que estalle una gran revolucion, sea en bien ó en mal, la cual obligue á todo buen ciudadano á cooperar á la grande obra, rompiendo el silencio y usando de su voto y de sus talentos. Esta revolucion no